

# A la salida del cine.

A Antón, aquel novio que tuve que tenía la fastidiosa costumbre de explicarme las películas, no le gustaba nada su nombre. Hubiera querido llamarse Ovidio, Homero, un nombre clásico, pero eso no era habitual en su tierra. Antón era valenciano. Por los tiempos en que nació Antón, ni en Valencia ni en Calatayud ni en Lugo ni en ninguna parte ponían nombres clásicos a los niños. Se los ponían en Sudamérica, eso decía Antón. Y la verdad es que hubiera merecido llamarse Ovidio, hubiera sido más feliz, y quizá ahora estaría yo casada con él y también yo sería feliz, más feliz de lo que soy ahora, porque no soy desgraciada, pero es evidente que podría ser más feliz. No sé qué remedia ir buscando culpas por aquí y por allá de este estado mío y dar repentinamente en pensar que si Antón, ese novio mío tan poseído del impulso educador, se hubiera llamado Ovidio, todo habría sido radicalmente diferente. ¿Es que por haberse llamado Ovidio hubiera dejado de querer explicarme las películas, asunto que seguramente fue la causa principal de nuestra ruptura? Quizá los nombres hacen mucho, los nombres marcan.

Durante mucho tiempo, a mí no se me ocurrió sentirme ofendida por su abominable empeño en explicarme (...)



LIBROS  
A LA CALLE



Leer  
es recordar

Soledad  
Puértolas  
(1947)

*Gente que  
vino a mi  
boda*

Ilustración:  
Pepe  
Robles



librosalacalle.com